



Elimine el mal olor de sus pies, normalizando su transpiración excesiva, con el nuevo spray

ANTITRANSPIRANTE Pedi-Relax

Sus pies pasan dos tercios de la jornada diaria encerrados en zapatos y calcetines, a menudo poco adecuados, que no permiten una aireación normal del pie. Como resultado, éste suda en exceso, convirtiéndose el sudor en una fuente de gérmenes y bacterias que provocan un molesto olor que puede ofenderle a Vd. y a los que le rodean.

El nuevo spray antitranspirante Pedi-Relax



Pedi-Relax
antitranspirante

También en crema y espuma antitranspirante
(Sólo en farmacias)

lax, contiene principios activos que frenan y regularizan la secreción sin detenerla, actuando progresivamente, controlando el exceso de transpiración con mayor o menor actividad, según sea mayor o menor el grado de sudor, y perfumando sus pies al mismo tiempo que los protege y descansa.

Fácil de aplicar, por su presentación en spray, puede también pulverizarse en zapatos y calcetines.

La Capilla siXtina

EL BOCADILLO POLITICO

Lo de Aravaca y el Ritz ha creado escuela. El otro día recibí invitación para acudir a una "paella política". Un testigo de cargo de lo de Estoril iba a informar sobre la verdad y nada más que la verdad de lo que allí había ocurrido. Otro día me dijeron que si quería asistir a un "cocido político". Un madrileño de pro quería poner unos cuantos puntos sobre unas cuantas tes sobre la servidumbre y grandeza de la apertura informativa en España. No me extrañé, pues, cuando Encarna, muy seria, solicitó mi presencia en una cena política.

—No me digas; ¿la has montado tú?

—No. Unos amigos que han vuelto de Ginebra y quieren informar sobre lo que allí pasó.

—¿Y dan una cena política?

—Nada del otro mundo. Unos bocadillos.

—¿No serán de calamares a la romana?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Porque la imaginación gastronómica de tu izquierda se ha quedado en el bocadillo de calamares y en el de sardina.

—De los dos habrá. Pero si usted se empeña, harán una excepción por usted. ¿Quiere un soufflé de salmón?

Ya estaba enfadada. Traté de desarmarla.

—¿Es que no se puede con usted, jolín! Es usted capaz de frivolar las cosas más serias. ¿Lo importante qué es, comer? ¿No es más importante informarse?

—Te juro, Encarna, que el madrileño bocadillo de calamares ha causado más catástrofes cerebrales que las radiaciones nucleares. El engrudo ese paraliza la mente. Es como comerse un bocadillo de rosquilla.

—Pues venga cenado o no coma.

Hice algo mejor. Me llevé mi cena en una fiambra. Unas chuletitas de cordero a la Villeroy y un pedazo de manchego tierno, que por las noches me sienta mejor que el otro. No quiero negar que causé una cierta expectación y que a base de préstamos de chuletitas me quedé con hambre, y tuve que calmarla con un bocadillo de sardinas. Por lo de los calamares no paso. La reu-

nión tuvo un gran interés, porque la protagonizaba gente muy joven, de esa que no sabe lo que es darle una palmada en la espalda a un director general mientras se exclama.

—¡Manolo! ¡Estás muy aperturista últimamente!

Gente, pues, sobria en el comer, y en el especular. Me dieron una información tan ascética y vivida de lo de Ginebra, que me avergonzó un poco el tener que darles una información barroca y alambicada sobre lo de Estoril. No es que yo estuviera en Estoril. Pero es que mis amigos, todos de centro izquierda a la italiana, fueron a Estoril y no a Ginebra. Pero, cosa curiosa, noté que mi información les interesaba tanto como mis chuletas. En España hay un gran interés por superar los compartimientos estancos, por lo que vi, veo y seguramente veré.

Cuando todos se marcharon, Encarna comprendió que yo estaba algo tristón.

—¿Qué le pasa, don Sixto?

—No estoy muy contento de mí mismo. Me parece que a esos chicos, mis historias de Estoril les habrán parecido algo así como una separata especial de la revista "¡Hola!". Y por otra parte, a mí sus historias de Ginebra me han parecido un ramillete de relatos de pioneros o "boy scouts".

—¿Qué comieron en Lisboa, Don Sixto?

—No lo sé. Pero mucho me temo que el pollo estuviera en el menú. Baroja era antiborbónico porque decía que Alfonso XIII comía pollo todos los domingos.

Y he seguido en mis reflexiones hasta que he notado el cariño de la mano de Encarna sobre mi hombro, y su voz bajita y comprensiva:

—¿Y usted? ¿Qué menú propondría usted?

—Algo sencillo. Un plato de lentejas con chorizo y unas rodajitas de hígado con cebolla. Servido al aire libre. En la Casa de Campo, de Madrid, o en Las Palmas, de Barcelona. Un acto al que asistirían los que estuvieron en Estoril, los que se fueron a Ginebra, los que se quedaron en España. Incluso los que siempre han vivido en Numancia. ■

SIXTO CAMARA